

Carrasquilla ensayista

Juan Felipe Restrepo

Las “Homilías” son los ensayos más importantes de Carrasquilla. Están escritos en tono de parodia, que semeja la prédica de un párroco montañero que exhorta a sus feligreses. Su talento ironista, sus alcances analíticos y su habilidad con el lenguaje tienen aquí su máxima expresión, así como sus limitaciones y desaciertos. Su escritura obedeció a una circunstancia específica: la crítica del modernismo en Colombia.

La “Homilía N.º 1” empieza con una feroz y desacertada crítica a los decadentistas y simbolistas franceses, juzgados de vanidosos, superfluos, desproporcionados y simuladores de sentimientos e idiosincrasias, además de locos, neuróticos y desequilibrados. A las dos tendencias, Carrasquilla las bautizó como dandismo cerebral. A Baudelaire, por ejemplo, lo concibió como un ángel rebelde y demoníaco, y padre a su vez de los satánicos, una de las tres agrupaciones en que Carrasquilla dividió a los decadentistas, grupo de trogloditas. Verlaine salió mejor librado, por su sinceridad y personalidad proteica. Mallarmé, discípulo del anterior, le pareció una expresión del arte al revés: no manifiesta sino que esconde, como los jeroglíficos. Poesía como ésta, según él, entorpece los canales de comunicación, objetivo esencial del arte. Pero no todo es cizaña: hay excepciones, como los parnasianos: Sully Prudhomme, Leconte de Lisle y Coppée, con la sublime sencillez helénica que los caracteriza, dice Carrasquilla.

Respecto a Colombia, consideró a Guillermo Valencia acrisolado y sincrético, de gusto exquisito y gran erudición; no obstante, le reprochó su europeísmo pues, a diferencia de Jorge Isaacs, fue un poeta extraño a su tierra. Al margen, admiró la obra de Silva, de Rivera, del tuerto López, de Soto Borda. Y respecto a Antioquia, dijo de Farina que le sobraban facultades, pero que era de frase rebuscada. Le pareció que Aquilino Villegas, el Maeterlink criollo, se echaba a perder con su esnobismo.

Para Carrasquilla el decadentismo fue una planta que no pelechó en este ambiente burgués y montañoso, sórdido e incipiente. Fue una tendencia que no se asimiló con nuestro carácter, ni correspondió a nuestra cultura. La Colombia literaria no puede renunciar a su propio espíritu, para asemejarse a una colonia francesa o italiana ni mucho menos helénica ni egipcia. Al



contrario, debe cantar a la realidad nacional, buscando formas más amplias, sanas y austeras, factores universales y eternos del arte. El ideal de Carrasquilla era muy claro: arte con información moderna y artistas de y para la casa. Se trataba del 20 de julio literario. El punto geográfico y el medio nada importan, pues en la provincia también puede encerrarse el universo. Todo rasgo, todo hecho humano que anote el arte, algo significa y revela. La humanidad es el símbolo y el enigma.

El cuentista antioqueño creía que para producir arte es indispensable un elemento emocional, verdadero y personal, así como una sinceridad absoluta en las impresiones. Por eso, no son suficientes ni el intelecto, ni la fantasía, ni la forma. La estética es lo verdadero en lo bello. Y lo verdadero es la vida histórica y tangible: aquella inconexión de los sucesos ordinarios y monótonos, con sus trivialidades e insignificancias cotidianas. La belleza no está en las objetos sino en los sujetos, es decir, en el alma que alguien le transmite a algo. La estética es un hecho espiritual, unión de saber y sentir. El arte trata de la subjetividad y su espontaneidad, embelleciendo la vida en un sentido abstracto y general.

Dice Carrasquilla: “En efecto: él abarca cabeza y corazón. A éste le dulcifica y le acendra; traslada a aquella a la región serena de la idea y de la belleza moral”. Por eso, el arte engaña: nos hace sentir lo que no podemos percibir por nuestra propia cuenta, nos enseña lo que no podemos comprender nosotros mismos. Se trata de un alma que nos hace soñar una vez más lo que no podemos soñar, de los estremecimientos de un corazón que nos hacen estremecer, y de las profundidades de una conciencia que nos revelan las nuestras. El poder de los genios es mostrar, precisamente, estos abismos propios y ajenos. De allí que un escritor sea un viajero que “vaga por un mundo que solo él conoce: la humanidad le reclama los apuntes de ese viaje”.

En el ensayo “Diego Velasco” (1915), sobre la novela homónima de Máximo Lorenzana, Carrasquilla se refiere a la hipocresía del arte, que constituye la esencia de toda manifestación estética. Hipocresía es, por supuesto, disimular. El verdadero arte no deja ver la fábrica ni la tramoya. Oculta el talento y las destrezas del genio. Todo lo muestra ya acabado. Sólo el descuidado, que contempla inadvertido, cree en la simpleza de la realización. Cuando se nota demasiado el esmero la obra semeja afectación, resultando relamida. Dice Carrasquilla: “Un elegante que se sienta muy peripuesto daña hasta el andar; y pelo muy peinado parece de santo quiteño. En este juego del arte hay que esconder siempre las cartas y las habilidades”. Es como decir, según la antinomia planteada por el ensayista, que el arte debe ser sin arte.

La belleza es la suprema soberanía del arte, cuyas únicas reglas permitidas deben ser las del

instinto, pues los preceptos no forman artistas. Pero el arte nada vale sin el alma creadora. En otro ensayo, “Por el poeta” (1922), sobre José Asunción Silva, dice que el alma es la única posibilidad del arte. El camino indiscutible y necesario para cualquier realización: “sea alma de sabio o de visionario, de asceta o de malvado, de santo o de niño... ¡de lo que se quiera! La cuestión es alma”. En “Palabras” (1928), de igual manera, afirma que la belleza radica en el alma del artista y no, como se cree, en el objeto. El artista puede transformar cualquier cosa en arte, desde que sea bien tratada y bien sentida. Lo fundamental depende del alma, y de lo que ocurra al interior: la vida espiritual. La cultura, la educación y el medio, es decir, las condiciones históricas y sociales, no pueden hacer más que refinar y depurar la potencia y el talento creador, pero no los constituyen. Igual con la disciplina, que es necesaria, pero no hace al arte.

* * *

Su crítica literaria más importante la representa “Herejías” (1897). Se trata de una defensa de las virtudes de *Tierra virgen*, novela del antioqueño Eduardo Zuleta. Sin embargo, *Tierra virgen* fue más un pretexto para teorizar. Carrasquilla concebía la crítica literaria como la libertad del pensamiento. Se creía con el derecho de opinar y la obligación de disparatar, porque la verdad es lo que uno quiere que sea. Para él, cualquier comentario era legítimo y tenía razón de ser por sí mismo. Nada era desdeñable, ya que una certeza podía provenir del lugar más inesperado y de la persona más inadvertida.

En la primera parte de “Herejías”, conceptúa acerca de la novela: “Novela es la aplicación de conocimientos y de sensaciones al hombre y a cuanto lo rodea, combinada en forma narrativa”. Y más adelante para complementar afirma que la novela es un pedazo de la vida, reflejado en un escrito por un corazón y por una cabeza. También deja en claro su posición sobre el regionalismo literario, que tiene mucho del realismo español. Dice que todas las novelas, sin excepción, pertenecen a una región, que hacen parte de un lugar y de un tiempo, por cuanto tratan de las relaciones del hombre con el medio. Por eso, debe distinguirse regionalista de colorista. El primero describe, recogiendo ápices y dando la

expresión característica; y el segundo pinta, reproduciendo la semejanza.

De allí surge otra de sus controvertidas opiniones: “Cuando se trata de reflejar en una novela el carácter, la índole de un pueblo o de una región determinada, el diálogo escrito debe ajustarse rigurosamente al diálogo hablado, reproducirse hasta donde sea posible”. Si la palabra es el alma, entonces no hay mejor camino para conocer al individuo y a la colectividad. Por eso, no puede cambiarse por otra más correcta ni más elegante, pues se despojaría a los personajes de su nota más genuina y carecerían de toda verosimilitud. Para Carrasquilla la naturaleza debía conservarse porque es más bella que el arte.

“Tres nombres” (1913) constituye su otra crítica literaria sobresaliente. Trata sobre los escritores que para él eran el carácter esencial de nuestra región, y que distinguía a Antioquia en la literatura nacional: Gregorio Gutiérrez González, Epifanio Mejía y Juan de Dios Uribe. Del primero resaltó su poema sobre el cultivo del maíz, juzgándolo de factura mediana, pero bello en su conjunto y grandioso en su concepción. Dijo que Antioquia no era nada, pero este poema la había hecho figurar en la literatura universal, por su valentía poética y su colorido local. Son Gutiérrez González y Jorge Isaacs los “Colones que nos han descubierto al mundo mental”. Epifanio Mejía fue más hondo que el primero en el sentir, más delicado en el decir y más pictórico, aunque menos informado y de menor tendencia ideológica. Fue un gran amante de la naturaleza y de la tierra. Después del himno *Canto a Antioquia*, sus cuadros de asuntos campesinos son lo mejor que produjo. Su pluma fue de una hermosa sencillez de lo cotidiano, atravesada por el ensueño.

Pero Juan de Dios Uribe mereció sus más desmesurados elogios. Su sencillez helénica y su variedad en la unidad eran sus virtudes insuperables. Tal cual formulaba el pensamiento asimismo lo producía. Carrasquilla afirmó en otro lugar (“Autobiografía”, 1915) que era el primer prosista de la lengua española. Sin duda alguna, otro de sus juicios desacertados en el que ignoraba, o quería ignorar, a Sarmiento, a Martí, a Rodó y a Darío, arquitectos de la tradición latinoamericana. Esto ya la había advertido Sanín Cano,¹ cuando dijo que este gran novelista, en la amargura de sus últimos años, había negado a



muchos de sus contemporáneos y desconocido a americanos impugnables. Y Gutiérrez Girardot,² cuando señaló su carácter reaccionario respecto de sus opiniones sobre la literatura moderna.

* * *

El teatro fue una de sus grandes pasiones. En especial Jacinto Benavente. En dos crónicas, publicadas en *El Correo Liberal* de Medellín en 1921, “La propia estimación” y “La malquerida”, no escatimó comentarios de admiración y de inagotable asombro: el mago de cerebro colosal, lo llamó. En otra, “La noche del sábado”, afirmó que este dramaturgo fue uno de los autores que más lejos llegó en el conocimiento de los misterios humanos, y que ninguno como él bajó hasta el fondo de las almas. Lo equiparó a D’Annunzio y Maeterlink, y lo relacionó en carácter con Esquilo, Sófocles y Shakespeare.

Desde “Reconquista” (1913) su aprecio ya era una obsesión desmedida. Allí dijo que los genios no son privilegio de la humanidad, y que Benavente no sólo estaba vivo sino cerca, en la cumbre gloriosa donde moraba. Sin embargo, el final fue más entusiasta: aseguró que si la unión iberoamericana algún día habría de ser posible Benavente sería el lazo máximo, puesto que su alma soberana esclarecía nuestras almas de pigmeos; y que si estas comarcas suramericanas fueron en un tiempo posesiones de la madre hispánica, volverían felizmente a su dominio por obra y gracia de la espada de su genio.

Estas crónicas datan de la década del diez y del veinte, precisamente una de las épocas más decisivas del teatro antioqueño. A Medellín llegaban importantes compañías artísticas hispanoamericanas, como la célebre de Virginia Fábregas, de México. Para aquel entonces, el dinámico y satírico teatro español había desbancado al trágico y romántico teatro francés decimonónico. Fue en estos años cuando se dieron los primeros pasos para la consolidación de una verdadera dramaturgia local, de alcances nacionales. Los dramas de Juan José Botero, Samuel Velásquez, Gabriel Latorre, Salvador y Alejandro Mesa Nicholls y de Ciro Mendía, fueron los más importantes y representados en Medellín.³

Las únicas crónicas teatrales de Carrasquilla tienen como tema su fanatismo hispánico, repre-

sentado en la figura de Benavente y en las obras de los hermanos Álvarez Quintero. No obstante, el novelista antioqueño intentó, a mediados de los veinte, escribir sus propios dramas, o como él mismo dijo: “benaventear un poquito”. Pero, como declaró en varias entrevistas, sus personajes fueron una versión de sí mismo, y su esperada dramaturgia fue un intento fallido. Tan sólo en una ocasión expresó públicamente su admiración por dos dramaturgos locales: uno de ellos fue Ciro Mendía, por sus graciosas comedias, como *El papá de Trina*; el otro fue Emilio Franco, por tragedia su *¡Si hablarán los perros!...*

Lo más interesante de esta faceta son sus apreciaciones estéticas, que se confunden con las éticas, especialmente en “Zazá” (1913), sobre el drama homónimo de M. M. Berton y Simon. Carrasquilla consideró que lo moral o inmoral de un drama estaba en el espectador, y no en el espectáculo. “Al que es bizco todo le resulta duplicado”, dice. Nada más ambiguo que establecer categorías inamovibles de bueno y malo para el arte. Cada obra surge en un medio que la determina, según las condiciones históricas, sociales y culturales. Es decir, no se trata del objeto sino del punto de vista, así como lo bello y lo feo dependen del gusto personal. Si en tal caso la obra es inmoral, entonces es porque la vida es inmoral, dijo. O si es amoral, es porque la vida no es ni el cielo ni el infierno: es el mundo, en el que todo abunda, sin mediación ni limitación.

* * *

El cine, la pintura y la música también llamaron poderosamente su atención, pero les dedicó pocas páginas. “El buen cine” (1914) es una de sus mejores. En ella expresó su estupefacción ante el nuevo arte, que desplazó al teatro. Un sorprendente invento que superó el mero entretenimiento, para convertirse en una necesidad de la sociedad moderna. El cine fue para Carrasquilla una movilidad vertiginosa y oscilante, un mariposeo fugitivo, dantesco, producido por la luz y el movimiento. Un escape de la tediosa rutina, parecido más al sueño que a la realidad. Fue una genuina creación que representó la síntesis de siglos de experimentación. Una mentira necesaria, que abrió las puertas a otras posibilidades de la imaginación. Dijo el cronista: “Aquel



Tomas Carrasquilla y su hermana

encanto, aquella atracción que en todos ejercen esas visiones instantáneas y mentirosas, es porque en ellas vemos, tal vez sin darnos cuenta de su enseñanza, la imagen fidelísima de nuestras propias existencias: toda la vida, la vida toda, es un reflejo, una película”.

“Pinturas” (1914) trata sobre una exposición llevada a cabo por los entonces jóvenes paisajistas Pedro Quijano y Ricardo Gómez Campuzano. Carrasquilla no se reconoció como crítico de arte, y mucho menos como autoridad. Sin embargo, consideró que el solo sentido estético, y algunas nociones sobre color, perspectiva y forma, eran suficientes para expresar una opinión, más o menos sensata, sobre un pintor y su obra. Por eso, creía en el riesgo de expresar la propia opinión. Sus comentarios al respecto de la exposición se fundamentan, más que en argumentos, en adjetivos y admiración entusiasta: cuadros complejos, concienzudos y atrevidos además de grandiosos. Del cuadro de Quijano, *Palemón el estilista*, dijo que era de una valentía y de un efecto magistralmente imponentes, y que logró hacer sentir, merced a un trazo, la desolación y la inmensidad. Gómez Campuzano se le figuró un maestro del paisaje, que transmitió un temperamento y un alma a un pedazo de tierra pintado, lleno de expresión, carácter, vida y personalidad.

“Divagaciones” (1915) es quizá su única crónica musical, sobre la obra homónima de Pedro Mora-

les Pino. Lo interesante es su concepción sobre la música más que de la obra en cuestión. Dijo que este arte sin palabras expresaba, mejor que las rimas dulces y las prosas sabias de toda lengua culta, el concepto ideológico más profundo y sutil. Era la literatura universal del pentagrama, que no necesitaba de la traducción para hacerse comprender. En ella, el sentir y el pensar se confundían, pues se dirigían tanto a la cabeza como al corazón. Por eso, la música era el arte que mayor humanidad abarcaba, conmoviendo y ejerciendo una impresionante influencia, capaz de tranquilizar o provocar a las masas. Y como era su costumbre Carrasquilla dejó aquí una de sus finas ironías: “No es difícil que el órgano católico haya conquistado más almas a Dios que todos los misioneros juntos”.

* * *

Respecto de los otros ensayos, existe uno que sobresale por su profundidad y belleza estilística: “La sencillez” (1914). Éste, a su vez, lo integran tres partes: “En la ciencia”, “En el arte” y “En la vida”. La segunda, para este caso, la más importante. Aquí afirma que el sentido de lo sencillo hizo de Grecia la cuna y modelo del arte universal. Ninguna otra nación lo desarrolló tanto y lo llevó a tan elaboradas expresiones. Sencillez es la perfección en la armonía, la exacta disposición de las formas y de las partes. La templanza y la mesu-

ra como normas de la belleza. Aún en los tiempos modernos, cuando el arte europeo se exagera y se embrolla, a Grecia evoca como numen propicio. En épocas de crisis, cuando reina la desorientación y la confusión, el mundo vuelve a Grecia. El humanismo bebe nuevamente de aquella fuente inagotable de conocimientos, intelectualidad y espiritualidad. La cultura helenística es como la aguja al norte. Cada renacimiento es la historia de este viaje de regreso, como un náufrago que anhela su Itaca.

Toda expresión de la belleza constituye un acto de sencillez. Ésta ordena, dispone, regulariza y despeja: es el camino hacia a la unidad. Lejos de ocasionar la confusión, el empalago y aquel cansancio de los amontonamientos, provoca la lucidez mental. En “Herejías” dice Carrasquilla, a propósito, que lo hermoso no es siempre lo pulido, lo culto o lo correcto. Sin embargo, no se trata sólo de una belleza de las formas bien dispuestas, sino del espíritu. La sencillez es reposo y serenidad para el alma, cuyos estados son los mismos del cuerpo. Se trata de una sencillez que todo lo abarca.

El don precioso de la sencillez es lo que enaltece a una literatura. La griega, por ejemplo, tan apreciada por Carrasquilla. Homero, para él, era el gran autor que representaba el carácter nacional contenido en la más grande epopeya. Esquilo y Sófocles eran sublimes por la simplicidad de sus formas y de sus conceptos, en los que la fatalidad determinaba los destinos de los hombres. Asimismo Safo, Anacreonte y Alceo, que concibieron una poesía íntima, altamente expresiva de sus vivencias eróticas y amorosas. Al igual Aristófanes y los epigramáticos, que “si fustigan a los malvados y a los necios de su tiempo, ríen con esa travesura ática”. Quizá fue la filosofía griega la sublime expresión del *fluir* de las ideas por el camino de la sencillez. No obstante, esto no significaba facilidad de entendimiento e inmediata accesibilidad a la comprensión. Aquel reposo y serenidad fue una difícil conquista lograda por la belleza.

* * *

Los ensayos de Tomás Carrasquilla tienen el mismo encanto de sus narraciones. Sus críticas literarias, además de ser creación de un pensa-

miento ágil y perspicaz, son imaginativas, atrevidas y originales. Para él, el género ensayístico consistía en encontrar un tono, que definiera el estilo y la forma, que no son más que un alma vaciada en palabras. Pues el timbre y el acento son la única revelación posible del sentimiento personal, dijo.

Para dos de los mayores críticos literarios colombianos —Sanín Cano y Téllez—, Carrasquilla ya era un clásico de la narrativa latinoamericana antes de morir. Y más que por sus historias, lo era por su estilo. Dijo Sanín Cano que la impresión que comunicaban sus libros no era la que suele derivarse ordinariamente de recorrer páginas con o sin ánimo de realizar obra de arte. La sensación vital que de ellas se desprendía predominaba sobre las preocupaciones de hechura y procedimiento.⁴

La ironía y la gracia caracterizaron la escritura de Carrasquilla. Sus ensayos se asemejaron a sus cuentos en este sentido. La ironía, por su parte, fue un elemento narrativo del discurso que iba más allá de la burla. Aunque en ocasiones el ensayista develó su histrionismo profiriendo chocarrerías y procacidades, al modo aristofanesco. Tal ironía consistió en una estrategia, como la llamó David Jiménez,⁵ que desarmaba o ridiculizaba al contrincante. Al inicio, Carrasquilla se mostraba ignorante, torpe y ordinario para, después, emprender su ataque con una admirable riqueza léxica y sintáctica, y con un poderoso sentido común que se parecía al tono de la conversación amena e inteligente.

La gracia y el encanto de Carrasquilla nacían de su comprensión por la individualidad, como libertad suprema del pensamiento y de la imaginación. “No le basta a un artista el expresarse bien: necesita expresarse tal cual es”, dijo. Por eso, en sus ensayos descubrimos sus simpatías y diferencias. En ellos está, como en sus novelas, la defensa del lenguaje popular, expresivo en imágenes y voces. Asimismo, el humor de sus inesperadas ocurrencias. Para Carrasquilla, nada había tan humano como el verbo. Aquella sinceridad y espontaneidad literarias, exigidas por el antioqueño para todos los escritores, las plasma en sus escritos de prosa crítica. Para él, la universalidad y la humanidad de una literatura estaban en la verdad individual de su autor. ■

Juan Felipe Restrepo David (Colombia)

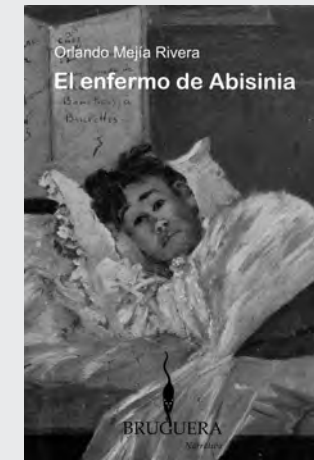
Filósofo de la Universidad de Antioquia. Cursó un diplomado en literatura infantil, Universidad de Antioquia. Promotor de lectura de la *Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra*. Colaborador de la *Revista Universidad de Antioquia*. Miembro del comité editorial de *A teatro revista*. Ocupó el primer puesto en el Concurso metropolitano de ensayo “Los sueños de Luciano Pulgar”, 2005. Fue ganador de una beca de investigación teatral, Ministerio de Cultura, 2006. También ganó una Beca de Creación literaria en ensayo, Alcaldía de Medellín, 2007. Recibió una mención de honor en el I Concurso nacional de crónica “El Pequeño Periódico 25 años”, 2007.

Notas

- 1 SANÍN Cano, Baldomero. *El oficio del lector*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989, p. 116
- 2 GUTIÉRREZ Girardot, Rafael. *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis, 1989, p. 362
- 3 En 1903, en la revista *Lectura y Arte* N.º 2, dirigida por Antonio J. Cano y Francisco A. Cano, entre otros, apareció un fragmento del drama *Roque Yarza* de Efe Gómez, una obra amena y bien caracterizada pero que, al parecer, quedó inconclusa. El prólogo fue escrito por Gabriel Latorre, en el que cuestionaba las supuestas letras antioqueñas, que consideraba incipientes y de pocos aciertos. Y hacía un llamado a construir una legítima literatura regional, con originalidad y conciencia, donde el pensamiento profundo y la disciplina rigurosa fueran los fundamentos de las verdaderas realizaciones. Esto lo decía celebrando la aparición pública del fragmento de Gómez, que aportaba significativamente a la naciente dramaturgia antioqueña, que alcanzaría sus mayores logros a finales del siglo XX.
- 4 Op. Cit. Sanín Cano, p. 122
- 5 JIMÉNEZ, David. *Historia de la crítica literaria en Colombia: siglos XIX y XX*. Bogotá: Universidad Nacional, 1992, p. 139

Bibliografía

1. CARRASQUILLA, Tomás. *Obras Completas*. 2 tomos. Medellín: Editorial Bedout, 1958.
2. _____. *Autobiografía y polémico*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1991.
3. _____. *Acuarelas y Discos cortos*. Medellín: Autores Antioqueños, 1991.
4. HENRÍQUEZ Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1994.
5. *Lectura y Arte*. Edición semifacsimiliar. Medellín: Autores Antioquia, 1997.
6. MORENO Durán, Rafael Humberto. *Denominación de origen*. Bogotá: Ariel, 1998.
7. NARANJO Mesa, Jorge Alberto. *Estudios de Filosofía del Arte II: Las ideas estéticas de Carrasquilla*. Medellín: s. e., 1995.
8. TÉLLEZ, Hernando. *Literatura*. Bogotá: Ediciones Argra, 1951.
9. TORRI, Julio. *La literatura española*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.



Autor: Orlando Mejía Rivera
 Editorial: Bruquera
 ISBN: 978-84-02-42044-2
 Año: 2008
 Lugar de Edición: Barcelona
 Número de páginas: 128
 Materia: Literatura Colombiana

El enfermo de Abisinia es el poeta Arthur Rimbaud en sus últimos años de vida, época en la que empieza a presentar extraños síntomas de una patología que siempre se ha asociado a la sífilis. La obra es, además, un homenaje a un creador genial, incomprendido por sus amigos e indestructible para sus enemigos. La pasión de Paul Verlaine y la mezquindad de los críticos literarios de la época son ejemplos de una ceguera que todavía nos afecta. A través de los feroces artículos del crítico Lepelletier (que el autor reproduce) y una correspondencia inventada entre Verlaine y Nikos Sotiro, el texto presenta todas las piezas del rompecabezas que sigue constituyendo la vida y personalidad del mítico poeta.



Autor: Jaime Restrepo Cuartas
 Editorial: Universidad del Valle
 ISBN: 9789586706032
 Año: 2007
 Colección: Artes y Humanidades
 Tamaño: 14.5 x 21.5 cm.
 Número de páginas: 310

Novela sobre las guerrillas liberales del Llano, ocurrida entre 1948 y 1953, después de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán y luego de las persecuciones que desataron los gobiernos conservadores de Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez contra el Partido Liberal. Esta historia es parte de la violencia de Colombia entre liberales y conservadores. Los personajes reales de esta historia de Colombia son: Guadalupe Salcedo Unda, el General Eliseo Velásquez, Eduardo Franco Isaza, Rosendo Colmenares, Dumar Aljure y muchos otros que lucharon y sucumbieron. Y otros personajes de ficción. Alrededor de ellos nace el amor, el odio, la frustración o las ilusiones que se van tejiendo en los atardeceres y amaneceres de aquellas llanuras sin fin.